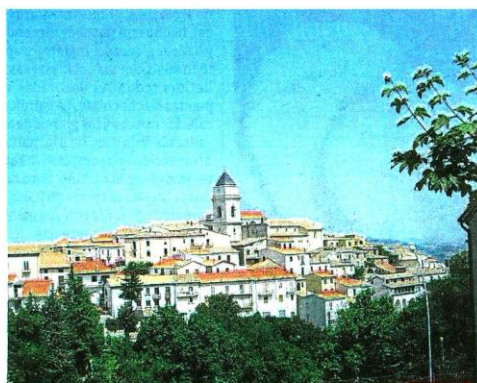


EL VIAJE DEL LECTOR

F431

Italia

Una visita colmada de emociones a Guardia dei Lombardi, el pueblo cercano a Nápoles donde nació el padre de la autora de este relato.



Soledad Castellano

Periodista. Vive en La Plata (provincia de Buenos Aires) y viajó a Europa en octubre de 2012.

Tal cual me lo contó, idéntico al mapa que dibujó con sus calles y la ubicación de su casa y la de su abuelo y su escuela, así percibí Guardia dei Lombardi, provincia de Avellino (cerca de Nápoles, al sur de Italia). Mi padre nació y vivió sus primeros diez años en esa tierra de paisajes montañosos, azotada por la miseria de la Segunda Guerra Mundial.

Pasaron 59 años hasta que el sueño de volver a pisar su tierra natal

se hizo realidad. Para mi padre, las doce horas de vuelo fueron insignificantes en comparación con los 23 días que había tardado el barco "El Corrientes". Nunca olvidaré cuando desde el avión vimos Italia. "He retornado a mi país", esbozó con una sonrisa de niño.

En Guardia dei Lombardi cumplí el sueño personal de visitar el país donde nació mi padre y aprender con él la historia narrada y vivirla

en mi piel. Su pueblo estaba cambiado. La zona "Las Tavernas" tenía construcciones nuevas porque las más antiguas habían sido destruidas por el terremoto de 1980.

Estaba en el país del cual heredamos los genes y gran parte de sus costumbres. Fue una delicia saborear los variados platos de pasta (con tuco, con lenteja, porotos, caldo, pescado y mucho queso. La pasta es hecha con *tenero* (un grano duro) y los fideos tienen nunca se pasan ni se pegan. Ni hablar de las deliciosas pizzas y de la sorpresa que me causó que me trajeran una pizza entera para mí. El café, muy fuerte, se sirve en un pocillo muy pequeño. Los deliciosos *cornetos* son medialunas de mayor tamaño que las de Argentina. También me sorprendieron la cantidad de gatos, los pocos perros y oír en bares y plazas esas voces fuertes, casi a los gritos, que identifican a los italianos.

Toda la tierra se veía sembrada. En cada montaña aparecía un pueblo. El paisaje se completaba con los molinos que proveen electricidad, calles curvilíneas y montes de castañas. Nuestro viaje tuvo un momento aún más especial: regresar a la casa natal de mi papá. Caminamos por un sendero de tierra entre piedras y pisadas de jabalíes y llegamos a la vivienda, destruida por el terremoto de 1980.

De todas maneras, mi padre tuvo la suerte de reencontrarse con sus primas y el hijo de su padrino. Regresé a Buenos Aires con el dulce sabor de un sueño cumplido.